

# Experimentos de control social, prácticas de poder y crueldad sistémica<sup>1</sup>

*Social control experiments, power practices and systemic cruelty/evilness*

María Luisa Cabrera Pérez Armiñan\*

Centro de Estudios sobre Conflictividad, Poder y Violencia (Cendes)

Autora a la que se dirige correspondencia: [mluisacabrera@gmail.com](mailto:mluisacabrera@gmail.com)

Recibido: 29 de noviembre de 2016 / Aceptado: 08 de junio de 2017

## Resumen

Este ensayo dialoga con dos estudios recientes y luminosos *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre* de Naomi Klein, y el *Efecto Lucifer. El porqué de la maldad* de Phill Zimbardo, que conectan el rumbo de la destrucción de las guerras y el despojo neoliberal de los recursos naturales y sociales, con la obediencia y el sometimiento de las sociedades. Estas obras discurren sobre los aspectos que limitan a los seres humanos de ejercer crueldad y causar sufrimiento en los otros. La desconexión moral y la naturaleza violenta de los sistemas de poder que coartan y reprimen, expresan cómo opera esa dialéctica entre sujeto y sociedad que puede llegar a convertir a personas buenas en seres humanos tan malevolentes y deleznable, que no quisiéramos ni reconocerlos en su condición humana. Esto implica revisar el poder de los sistemas junto con las dualidades tenebrosas de la naturaleza humana. La destrucción del terror ha modificado el libre albedrío humano para imponer una visión mercantil de la vida condicionada por la obediencia, sumisión y ausencia de pensamiento crítico. Rebelarse significa entonces recuperar el libre albedrío para no ser esclavos de los otros, de los sistemas y de mí mismo.

Palabras clave: Obediencia, sometimiento, crueldad, sistemas de poder, moral

## Abstract

What limits the human beings the provocation of the cruelty and the suffering of the Others. The moral disconnection and the violent nature of the power systems that they limit and they repress, express as it operates that dialectic between subject and society that can get to turn good people so cruelty or evilness and weak human beings, that we did not want nor to recognize them in its human condition. This test engages in a dialog with two recent and luminous studies of Naomi Klein and Phill Zimbardo that connect the course of the destruction of the wars and the despoliation neoliberal of the natural and social resources with the obedience and the submission of the societies. This implies to review the power of the systems along with the tenebrous dualities of the human nature. The destruction of the terror has modified the free human will, to impose a mercantile vision of the conditional life by obedience, submission and absence of critical thought. To rebel itself means then to recover the free will not to be enslaved of the Others, the systems and same me.

Keywords: Obedience, submission, cruelty, power systems, moral

1 Una síntesis de esta ponencia se presentó en un Foro Multidisciplinario organizado en FLACSO el 19 de julio 2012 denominado "Experimentos con seres humanos. Ideología, instrumentalización y ultraje".



## Experimentos de control social, prácticas de poder y crueldad sistémica

### Algunas preguntas para comenzar

Lo que nos proponemos reflexionar desde la psicología social son algunos de los conflictos producidos entre la obediencia a la autoridad y las normas morales aprendidas. ¿Cuáles son los límites humanos para provocar sufrimiento o daño en los otros? ¿Qué nos impide la aniquilación física o psicológica de nuestros semejantes? ¿Por qué obedecemos órdenes y normas que chocan con nuestra conciencia moral?

Ahondado en las posibles respuestas. ¿Es la desconexión moral una forma de impunidad psicológica que facilita o justifica la conducta violenta? ¿Somos violentos por naturaleza o nos volvemos violentos por la coacción y la represión de los sistemas en los que vivimos? ¿Hasta dónde la obediencia debida ampara una débil conexión moral incapaz de poner límites personales o bien es reflejo del poder de la situación externa, legitimada por la ideología de un sistema atentatorio de los derechos humanos?

Si entendemos el comportamiento de las personas como el resultado de la dialéctica individuo-sociedad, necesariamente tendremos que entender cómo se estructura la sociedad y como respondemos a los desafíos sociales, cuando nuestra existencia queda amenazada o sujeta a acciones malevolentes que suprimen la capacidad de actuar con benevolencia. En parte, esto depende de cuánto creamos que el mundo y los otros son nuestros aliados o nuestros adversarios y de cuán vulnerables o realizados nos sentimos al vivir en sociedad. Gurr (1970) vinculaba la cultura de violencia con el grado de privación relativa en una sociedad, o con la frustración de expectativas en el acceso a condiciones de vida satisfactorias.

Para entender esta dialéctica entre naturaleza humana y cultura sociopolítica interrelacionamos dos estudios que aportan explicaciones complementarias. El impacto destructivo del “capitalismo salvaje” en el tejido social (Klein, 2007) y la escalada de atrocidades cometidas en la cárcel de Abu Ghraib por oficiales entrenados y adoctrinados en el poder de torturar y degradar para vencer las resistencias de otros pueblos (Zimbardo, 2007).

El capitalismo salvaje constituye la expresión del neoliberalismo contemporáneo, donde prevalece la capacidad depredadora del mercado junto a la competencia aniquiladora del otro como potencial enemigo.

En esta lógica, Klein explica con su concepto de la terapia de choque, como las dictaduras políticas se conjugaron con las reformas económicas que deificaron el poder del mercado y del dinero, como realidad invasivamente excluyente y causante de sufrimiento. Los efectos de este shock político y económico en nuestros países han propiciado la cultura de violencia como modelo social que nos domina.

Para entender cómo se origina la maldad desde la estructura social y qué poder ejercen los sistemas sociales para obligar a que sus ciudadanos obedezcan, hemos entrecruzado dos caminos. La dialéctica de una “maldad sistémica” nos enfrenta a un capitalismo del desastre que negocia rentablemente con el dolor de la destrucción causada por las catástrofes (cambio climático/guerras). La dialéctica de la maldad como responsabilidad individual, donde el experimento de una cárcel simulada (Stanford) tuvo que ser interrumpido al trascender la ficción en atroz realidad, convirtiendo a personas buenas y normales en carceleros sádicos y despiadados. El punto de encuentro resulta ser la transformación de la abyección y de la inmoralidad en anomia social y en control de la conducta predecible (Klein, 2007).

Lo único que nos rescata de este entorno es recuperar el límite de la moral como premisa de la condición humana. En este sentido, ética, política y psicología convergen en sus intereses y aprenden de las lecciones compartidas.

En este ensayo pretendo esbozar algunos aportes desde la psicología social y la ciencia política que estudian el origen de la maldad como dialéctica sujeto-sociedad, lo cual implica revisar el poder de los sistemas junto con las dualidades tenebrosas de la naturaleza humana.

### La psicología social frente a la historia vivida

La psicología social experimentó un fuerte crecimiento a partir de la segunda guerra mundial. Una serie de oleadas migratorias en respuesta al nazismo buscaron refugio y futuro para una nueva vida en Estados Unidos. En el baúl de los recuerdos para evitar que la historia se repita, la tragedia del holocausto judío que asoló Europa y tuvo entre sus víctimas y sobrevivientes a un contingente importante de psicólogos sociales de origen judío.

La historia reciente con su cauda de tragedias provocadas influyó en las preocupaciones, los debates y los análisis e investigaciones sobre la conducta y la

condición humana en contextos de guerra y de conflicto.

Los juicios de Núremberg fueron el antecedente clave para las preguntas acerca de las reacciones humanas ante el choque de la adversidad y las atrocidades, la reclusión y la explotación en condiciones inhumanas. La vida en los campos de concentración, como transición al exterminio grupal, planteó los límites de la resistencia humana con sus diferencias y alcances. Bruno Bettelheim reflexionó, a partir de su propia experiencia, como sobreviviente de Auschwitz y como testigo privilegiado de las fuerzas y heroicidades desplegadas para soportar aquellas condiciones con dignidad desafiante o resiliencia esperanzadora.

Levy (1989) reflexionó sobre la zona gris, es decir, sobre la franja de población conforme con los hechos por el propio desconocimiento sobre el alcance de los mismos, pero también conforme por la obediencia debida y la adhesión ciega a las autoridades.

Consecuencia de estos hechos históricos, la segunda posguerra mundial fue nutrida de preguntas inquietantes, tanto para los propios ciudadanos alemanes que se reprochaban cómo podían haber tolerado tal grado de destrucción y sadismo, como para las víctimas y sobrevivientes que tuvieron que escudriñar en los rincones oscuros de la naturaleza humana para explicarse semejante grado de barbarie, despojo y deshumanización colectiva.

El debate Goldhagen (Moreno, 1999) abierto a finales de los noventa en Alemania, cuestionaba el involucramiento y la responsabilidad de las instituciones y funcionarios del Estado, así como de la ciudadanía en general para la aceptación del holocausto. “Miles de alemanes corrientes participaron con gran entusiasmo en las matanzas. La cultura alemana estaba saturada de antisemitismo exterminador y para los ejecutores, sus horribles crímenes tenían plena justificación” (Luzón, 1999)

Este debate surge cuando las heridas han sido reabiertas por las preguntas de la generación de los nietos que quieren explicaciones, no solo de lo que pasó, sino de sus causas y responsabilidades negadas, ocultadas o distorsionadas por el silencio persistente de sus mayores. La insatisfacción que produce el desentendimiento de los hechos históricos que nos afectan, provoca una espiral de preguntas acuciosas, que tienen importancia para la construcción de la identidad de las generaciones jóvenes. La memoria fortalece la identidad individual e impulsa la acción social que contrarresta los sistemas de poder.

La tortura como ejemplo máximo de infamia nos confronta con el lado oscuro de la naturaleza humana. Oscuridad que remonta al viejo debate: ¿nacemos siendo buenos y luego nos corrompe una sociedad mala Rousseau (1923) o nacemos siendo malos y nos redime una buena sociedad, expresada a través de la metáfora “el hombre es un lobo para el hombre” usada por Hobbes (2009). Lo que la historia de los genocidios y de los crímenes contra la humanidad nos ha enseñado es que no hay tortura sin adoctrinamiento y sin una ideología que justifique la infamia. En los mecanismos del horror del Informe REMHI (ODHAG, 1998) se avanzaron algunas explicaciones sobre el poder de lo doctrinario para ejercer lo siniestro durante el conflicto armado interno en Guatemala.

Las torturas y malos tratos aplicados en la cárcel de Abu Ghraib (Irak) fueron resultado de una guerra planetaria contra el terrorismo que ha implicado el aplastamiento de sociedades construidas como enemigas, invadidas y ocupadas para ser destruidas y despojadas de sus recursos naturales (petróleo) antes de ser reconstruidas, mediante la implantación violenta y despiadada de una nueva visión de Estado (Klein, 2007).

La conducta malvada es la consecuencia de un sistema cuya ideología permite determinados valores o prohíbe determinadas conductas. La maldad se amplifica o disminuye por el poder de la situación que definen las normas, poder que otorga identidad y significado a los roles sociales que asumen las personas. El poder para ejercer la crueldad y el sufrimiento o para prevalecer la dignidad, va a depender de la interacción entre la personalidad y la influencia ideológica del sistema y de la norma y el rol social que definen la Situación (Zimbardo, 2007).

Pero lo más alevoso del horror que ha sido reflexionado por los historiadores es la banalidad del mal, que convierte a personas comunes y corrientes en genocidas preocupados por su obediencia al sistema e inmunes a la ignominia del exterminio practicado, como Eichmann (Arendt, 2000) o como el batallón 101 de Polonia (Browning, 2002). Sus alegatos revelan que solo el poder de la ideología y los mecanismos psicológicos para estimular el daño a los otros considerados humanamente inferiores, es capaz de justificar atrocidades con la inocencia de una planificación racional sujeta a las órdenes recibidas.

## Ruptura de paradigmas

La psicología occidental contribuye al mito de la responsabilidad individual de los actos, basado en que las personas tienen el control de su conducta, actúan según el libre albedrío y eligen de manera racional.

Este paradigma de libertad-responsabilidad individual se invierte al intentar entender cuáles son los procesos psicosociales que hacen que personas normales y bondadosas experimenten una transformación malévolamente de su conducta o que las personas, metidas en un rol social determinado, sean capaces de infligir un sufrimiento extremo a los demás. Por lo demás, la maldad para que sea tolerada debe justificarse de alguna manera. Y en ello radica el poder de los sistemas. En consecuencia estas explicaciones conectan la influencia de los sistemas y el poder del contexto, con las opciones que elegimos y con las decisiones que tomamos, rescusando último del libre albedrío humano que permite confrontarse con el poder determinante de los sistemas sociales.

La escalada de la violencia se produce no tanto por una motivación sádica o una desviación patológica, sino por la sensación de poder que embarga el dominio y el control sobre los demás (Zimbardo, 2007). Esta omnipotencia nos habla más de imperativos externos que se propician desde la estructura social que de caracterizaciones patológicas de la personalidad.

Varios son los procesos psicosociales que facilitan la aplicación de la crueldad y el horror. El marco general serían las respuestas de conformidad a la obediencia debida y al autoritarismo, siendo esta última la estructura social que lo encuadra y lo facilita. La desconexión moral nos permite deshumanizar, despojar e ignorar la similitud de la condición humana entre nosotros y los otros. La disonancia afectiva nos lleva a justificar las discrepancias entre nuestra moral privada (no asesinar) y los actos que la contradicen (asesinar o torturar al enemigo). Resistir el poder de la situación implica preservar la moralidad como límite de la conducta humana.

El límite moral desaparece en la inacción por pasividad, silencio y complicidad. En los acontecimientos que convocan multitudes desaparece la opción libre, racional e individual. El poder de la situación arrastra la conducta individual y su fuerza invasora, nos reduce la responsabilidad moral de actuar para impedirlo.

Nos autoengañamos con frecuencia pensando que somos invulnerables a la manipulación y a la persuasión y por ello no reconocemos la influencia de la

propaganda que nos hace odiar y temer al enemigo. Un enemigo que ha sido construido ideológicamente y que no significa lo mismo para todos (los comunistas, los judíos, los iraquíes...).

Construcción del enemigo, desindividuación y deshumanización son los tres mecanismos claves que despojan al enemigo de su condición humana, siendo requisitos para generar las condiciones psicosociales que propician la ignominia y toleran la escalada de violencia.

Despojar al otro de su humanidad, de su dignidad, de su valor como persona mediante la negación y la indiferencia afectiva o atribuyéndole etiquetas o estereotipos, nos permite ver al otro como un ser despreciable e inferior, por lo tanto prescindible.

## Responsabilidades institucionales

Cuando las torturas de Abu Ghraib en Irak resonaron con espanto en todo el mundo, la administración Bush acusó a unas cuantas “manzanas podridas” (oficiales inescrupulosos) de la responsabilidad de los hechos. Lo que nunca admitieron fue la responsabilidad del sistema político, militar y económico de EE.UU. para legitimar un patrón autorizado y anónimo de tortura al enemigo. Este patrón fue justificado en el marco de la guerra planetaria contra el terrorismo que autoriza el terror para hacer tabla rasa en la mente de la ciudadanía e implantar la aceptación de un nuevo modelo de Estado controlado por el mercado (Klein, 2007).

Esta nueva guerra ha servido para hacer borrón y cuenta nueva sobre las deudas de reparación que deben las dictaduras a las poblaciones, dado el sufrimiento causado por las políticas del terrorismo de estado sostenidas por la doctrina de la Seguridad Nacional en los años setentas y ochentas.

La tesis gubernamental de que las torturas de Abu Ghraib fueron la consecuencia de unas cuantas “manzanas podridas” (Zimbardo, 2007, p. 32) ha sido contrastada por los resultados del experimento de Stanford, aunque resultó insuficiente como explicación. El poder del sistema reproducido por el contexto situacional de la cárcel, atribuía una mayor responsabilidad a la existencia de un canasto de manzanas podridas inmersas en un sistema que sacó lo peor de cada “soldado por lo demás bueno, deformando su pensamiento y su conducta” (Zimbardo, 2007, p. 443) hasta ser capaz de corromper a todas las manzanas podridas del canasto. “Los sistemas ponen en marcha situaciones

que crean contextos conductuales, que influyen en la actuación de quienes se hallan bajo su control” (Zimbardo, 2007, p. 250). Los sistemas son entes autónomos que trascienden autoridades de poder y voluntades individuales fortaleciendo la estructura dominante y creando cultura en la sociedad. Además, la influencia del endogrupo en la corrupción de la manzana podrida es determinante para entender el peso progresivo y descendente de los sistemas de pertenencia como motor de la acción humana. Si bien toda esta tesis no exonera la responsabilidad individual de haber sucumbido a la desconexión moral, reubica las responsabilidades institucionales al mostrarnos por qué fue posible que sucediera lo que sucedió.

Una vez más, los sistemas se encargan de exonerar las responsabilidades institucionales cuando los informes oficiales de investigación sobre los hechos, no revelan la complicidad de la cadena de mando política y militar e inclusive justifican el desconocimiento de Bush. En esas circunstancias “sus fines siempre justifican cualquier medio eficiente” (Zimbardo, 2007, p. 485). Esto hizo que se llevase a juicio sólo a los últimos eslabones de la cadena de mando. El resultado señaló a muchos maltratadores, castigó a unos pocos y dejó impunes a los mandos pues “los únicos malhechores que han sido llevados ante la justicia son los últimos eslabones de la cadena de mando” (Zimbardo 2007, p. 505). Y la conclusión de Zimbardo es aún más sugerente y consistente con su argumentación y prueba, demostrando que “el cesto de las manzanas empezó a pudrirse por arriba” (Zimbardo, 2007, p. 519).

Al escudriñar y enjuiciar el sistema que hizo posible la reproducción de la infamia, violando la igualdad y la dignidad de la condición humana, Zimbardo apunta cuatro factores sistémicos en los contextos de reclusión forzada y privación de libertad, determinantes en la conversión de la maldad que se pone en práctica a través de la abyección y la crueldad extremas. “Brutalidad durante la captura y la custodia, coacción física y psicológica en los interrogatorios, reclusión prolongada y aislamiento total y empleo de fuerza excesiva” (Zimbardo, 2007, p. 510). Cuatro factores reproducidos en las experiencias de tortura y desaparición forzada ocurridas durante el conflicto armado interno en Guatemala. Lo que respalda los mismos mecanismos represivos usados en todo el continente americano.

Podríamos concluir que la maldad amparada y procurada por los sistemas convierte en falacia la capacidad individual para decidir con libertad, racionalidad y responsabilidad. Podríamos entonces justificar

que el poder de la ideología legitima los hechos sociales más allá de nuestra capacidad de decidir sobre ellos. Sin embargo, entender los factores coercitivos no exime la responsabilidad del compromiso moral.

Pero aún hay más para repensar, Erich Fromm (1977) revisando el experimento de Stanford criticó la propia ceguera de Zimbardo, quien abrumado por las implicaciones éticas de no haber interrumpido el experimento a tiempo, no vio que un tercio de los sujetos que participaron se resistió y se rebeló de múltiples maneras frente a la obediencia y la adhesión a una autoridad arbitraria e ilegítima.

Ello ha representado una lección de esperanza humana frente a la pasividad de la inacción y la erosión de la responsabilidad, cuando se produce un conflicto entre la situación externa y la conciencia moral. Liberarse de la esclavitud de los sistemas de poder nos confronta con la consistencia de nuestros valores, creencias y de nuestra autonomía como sujetos históricos. Si disentimos inevitablemente nos desvinculamos y rompemos esquemas sociales. Pero si toda ruptura tiene un coste, también nos permite crecer como sujeto histórico.

### Terapias de choque político y económico

Atendiendo a esta lógica de responsabilidad de los sistemas, veamos cómo el capitalismo neoliberal ha usado la terapia de choque económico y político para domesticar a países que se resisten a reducir el Estado social de bienestar.

Todas las dictaduras conocidas, han desplegado enormes dosis de terror paralizante junto a políticas de ajuste estructural cada vez más empobrecedoras y excluyentes de las mayorías. “El capitalismo del desastre heredado de Friedman y la Escuela de Chicago han convertido las catástrofes naturales o sociopolíticas en oportunidades de mercado, creando las condiciones para que lo políticamente imposible se acabe volviendo políticamente inevitable” (Klein, 2007, p. 26-27).

La conmoción del libre mercado globalizado se produce por el auge de las privatizaciones, la desregulación y los recortes sociales, reduciendo cada vez más las funciones de protección del Estado y disfuncionalizando los derechos.

El auge de las corporaciones transnacionales ha traspasado las fronteras a través de la industria de reconstrucción de los desastres y de la privatización de la seguridad nacional. Lo que antes era monopolio del Estado hoy es de la industria privada (armas, policías, ejércitos).

El terror de las dictaduras producía silencio social mientras se extraían sin oposición alguna, los recursos naturales de la nación. A la conmoción producida por el despojo de la riqueza se sumó la conmoción del despojo de la condición humana a través de la tortura y la desaparición forzada. Igualmente este despojo de los recursos naturales estratégicos ocurrió en Guatemala, aprovechando el terror del conflicto armado interno para desactivar cualquier posible oposición (Solano, 2002). En consecuencia, cada vez es más evidente que las luchas de hoy se articulan sobre los despojos de la guerra. Inclusive podemos pensar que los movimientos anticorrupción de hoy en Guatemala son parte de una lucha más amplia contra la impunidad del despojo extractivo transnacional, que empezó con esa asociación tan sutil y desconocida en los años noventa entre las políticas de ajuste estructural y las políticas contra-insurgentes del conflicto armado interno.

La terapia de choque económico juega con la relación entre los enormes beneficios de las empresas y las grandes catástrofes en las tareas de reconstrucción y se entrelaza con la terapia de choque político provocada por Bush, quien aprovechó el miedo dejado por el 11 de septiembre del 2001 para lanzar su guerra contra el terror y garantizar el desarrollo de la industria del capitalismo del desastre (Klein, 2007). La privatización del gobierno se extendió hacia la sanidad en las prisiones, la interrogación de los detenidos y la información sobre los ciudadanos. En estas condiciones el uso de la tortura y los malos tratos contra el enemigo sirve para lograr el control mental de la ciudadanía y para hacer tabla rasa del pasado. A partir de ahí se pretende inscribir la ubicuidad del mercado como el nuevo modelo de sociedad y de Estado.

El choque producido de la caída de las torres gemelas y el choque de la tortura comparten las mismas reacciones de desorientación, miedo, ansiedad y regresión colectiva en los grupos humanos afectados por ellas.

La aplicación de electrochoques durante la represión en las dictaduras militares fue una experiencia muy cercana a la descarga eléctrica en los experimentos con seres humanos como una táctica para borrar la mente y crearla de nuevo, tal y como hiciera Cameron con sus pacientes psiquiátricos del Hospital Mac Gill en los años cuarenta y cincuenta en Canadá.

## Repetición cíclica y globalización del horror y la miseria

Algunos paralelismos del terror político y económico se repiten como ciclos históricos. El horror y la miseria fueron estrategias comunes en las dictaduras militares latinoamericanas en la década del setenta y han vuelto a serlo bajo las dictaduras neoliberales de los noventa.

Compartir información antsubversiva para desaparecer a los refugiados en las dictaduras latinoamericanas (operación Cóndor, Junta Militar Argentina) se parecía mucho a la política de extradiciones que hoy se practica entre Guatemala y USA en la guerra contra las drogas (Klein, 2007)

Así las cosas, el nuevo orden económico mundial se construye sobre tres premisas:

- (a) Libre mercado con su cauda de exclusión y miseria masivas;
- (b) Terror y violencia política con sus efectos de largo plazo para la desmemoria de las democracias neoliberales;
- (c) Tabula rasa con sus pretensiones de reescribir la historia en una mentalidad ciudadana obediente y conformista.

“Hoy vivimos de nuevo en una época de masacres corporativas, con países que son víctimas de una tremenda violencia militar combinada con intentos de rehacerlos como economías de libre mercado modélicas. Vemos cómo las desapariciones forzadas y la tortura han vuelto con mayor intensidad que nunca. Y de nuevo la vieja idea de no conectar la creación de nuevos mercados libres y la necesidad de utilizar la violencia para lograrlo” (Klein, 2007, p. 173).

El paradigma de las transiciones políticas con ajuste estructural es que se ha forzado la estabilización económica de los países en crisis, incrementando masivamente la cohorte de desheredados del mundo.

El ciclo pernicioso que asegura el enriquecimiento a costa de mayor sufrimiento humano está provocado por secuencias sucesivas que empiezan destruyendo la institucionalidad existente para reconvertirla con nuevas ideas, hasta reconstruir dicha institucionalidad basándose en un nuevo modelo de rentabilidad

y patrocinio. Es decir, “un corporativismo basado en grandes negocios junto a un gran gobierno con formidables poderes para regular y controlar a la ciudadanía” (Klein, 2007, pp. 410) a través del espionaje, la tortura y la falsa información.

Lo que este contexto facilita para la transformación malévolamente de la conducta humana con los otros, es el resultado de una alianza estratégica entre los sistemas de poder y el miedo crónico (Zimbardo, 2007).

El miedo al terrorismo era mayor que el miedo a vivir en una sociedad vigilada. La administración Bush afirmaba “tener derecho a provocar una destrucción preventiva sin límites. Para continuar con una reconstrucción preventiva en lugares que todavía no habían sido destruidos” (Klein, 2007, pp. 498).

La importancia de la conmoción de la terapia shock consiste en producir miedo estimulando la imaginación de lo que les puede llegar a pasar. Siendo ésta el arma que mayor temor causa (Klein, 2007).

### Perspectivas esperanzadoras de cambio social

Si como dice Zimbardo (2007), estamos sometidos al poder influyente de los sistemas y respondemos en función de los contextos situacionales pero no somos esclavos de su poder, entenderemos que someterse a la dominación o resistirse a ella continúan siendo paradigmas de libre albedrío.

En consecuencia, como diría Klein (2007), si podemos dominar la voluntad humana creando las condiciones de regresión y obediencia para el sometimiento, también podemos revertir esa voluntad convirtiéndola en arma de rebeldía y resistencia frente a la dominación.

Así las cosas, un paradigma dominante del capitalismo salvaje es que la destrucción se transforma en oportunidad de inversión porque la ayuda reconstruye más daño que reparación “no es sólo que la ayuda no ayuda, es que hace daño” (Klein, 2007, 518). “Antes los desastres constituían momentos infrecuentes de nivelación social, pero cada vez más se constituyen en un futuro cruel y despiadado donde el dinero y la raza compran la supervivencia” (Klein, 2007, p. 538).

Tres precedentes han recuperado la esperanza de cambio social en América Latina. En primer lugar, ALBA contrarrestando el desequilibrio del TLC con medidas de trueque comercial más justo de bienes y servicios entre países. Una reducción drástica de los préstamos solicitados al FMI (80% en 2005 frente al 1% en 2007) lo cual ha rebajado la enorme depen-

dencia creada por la deuda externa y su influencia en los impuestos ciudadanos. Esto le hizo declarar a Kischner que hay una buena vida esperándonos después del Fondo Monetario Internacional. El golpe del 11 de marzo 2004 en Madrid representó el rechazo a un fascismo en auge. Aznar quiso barrer la memoria como “todos los terapeutas del shock que se esmeran por borrar la memoria” (Klein, 2007, p. 601) y la ciudadanía respondió recordando la memoria del pasado franquista

Para terminar Naomi Klein recupera el valor de la historia para hacer del futuro algo mejor.

“Sin una historia, somos intensamente vulnerables frente a aquellos dispuestos a aprovecharse del caos para su propio beneficio. Tan pronto como disponemos de una nueva historia, una nueva forma de entender la realidad que nos ofrece una perspectiva acerca de esos brutales acontecimientos, recuperamos nuestro sentido de la orientación y el mundo vuelve a ser comprensible” (Klein, 2007, p. 596).

### Conclusiones

Concluamos este cruce de caminos entre la psicología social y la ciencia política para explicar los orígenes de la maldad en la naturaleza de los sujetos y de las sociedades, mediante una analogía entre el choque producido por el capitalismo salvaje y el choquetraumático producido por la tortura. Según Klein (2007)

“Los interrogadores saben que los prisioneros hablan y una vez que logran comunicarse, los guardias pierden su ventaja. Conservan el poder de causar daño corporal, pero han perdido la herramienta psicológica más efectiva de la que disponen para manipular y quebrar la voluntad de los detenidos. Estas son la confusión, la desorientación y la sorpresa. Sin estos elementos no existe el shock. Lo mismo ocurre en los grupos sociales. Una vez se descubren y entienden los mecanismos del shock, es más difícil confundir a las comunidades porque se vuelven resistentes al shock” (p. 596)

“La experiencia universal de sufrir un gran shock, se resume en el sentimiento de absoluto desamparo. La mejor manera de superar esta indefensión consiste en ayudar y en tener derecho a formar parte de un proceso de recuperación colectiva” (p. 605).

La premisa de la que partieron los experimentos de obediencia a la maldad es que es factible obligar

a cometer maldades que degradan, aun en contra de la moral, convicción y valores personales. El reclutamiento militar forzoso y las Patrullas de Auto Defensa Civil en Guatemala han dado abundantes ejemplos de ello. Lo positivo es como sugiere Erich Fromm (1977), darse cuenta que los límites morales sí sirven para resistirse a la crueldad y a la destrucción humana, es decir a la violencia institucionalizada, planificada y organizada. Esta es una evidencia aportada por los desertores de conciencia en todos los conflictos violentos.

Finalmente, podríamos esbozar el origen de la maldad sistémica entendida como ejercicio de poder influyendo sobre el sujeto social.

La maldad original del capitalismo del desastre se explicaría por la fuerza devastadora de su capacidad de negociar permanentemente con el dolor y la miseria humana de grandes colectivos sociales. Vidas dominadas por valores engañosos, triviales y superfluos que mediatizan su percepción de la realidad social, definida por el contexto. El contexto de la cárcel de Abu Ghraib, toleró y promovió las situaciones de maldad al asumir los actores determinados roles sociales e institucionales y adherirse a determinadas normas influenciadas por la conducta social de grupo.

En este contexto situacional, se ejercen los mecanismos del horror, que Zimbardo explica como consecuencia de sistemas que están podridos y corrompidos, mientras que Naomi Klein lo evidencia con el escrutinio histórico político de los conflictos generados por el capitalismo neoliberal que encuentra en la reactivación de los mecanismos del horror, el aliado imprescindible para imponer las reformas neoliberales y privatizadoras que empobrecen más, aumentando la exclusión y el riesgo de convertirse en sujetos prescindibles. De ahí la mordaza política que impone el secuestro, tortura y desaparición forzada mientras se depreda la riqueza natural y social.

Finalmente, me pregunto si la maldad, al igual que la bondad, como responsabilidad individual no es el producto de una opción y una decisión libre. Visto desde la subjetividad en sociedad, los límites humanos para la maldad estriban precisamente en la responsabilidad ética de elegir entre el bien y el mal, es decir, en ceder o en resistir al choque o la desconexión de nuestra conciencia moral.

Si juntamos la evidencia de la conciencia moral como resistencia a la crueldad y la destrucción humanas y el valor de la historia para dar sentido a la realidad y posicionarnos como sujetos históricos, podemos

celebrar que la desobediencia y la rebelión frente a la maldad y el sufrimiento ante la destrucción, sean respuestas esperanzadoras de la condición humana. Rebelarse significará entonces recuperar el libre albedrío para no ser esclavos de los Otros, de los sistemas y de mí mismo.

Volviendo la mirada a los abusos históricos y las esperanzas renacidas en las luchas sociales de Guatemala ¿es deber moral como sujetos históricos distanciarse, oponerse y rebelarse frente al sufrimiento humano causado por los sistemas que degradan la condición humana?

## Referencias

- Arendt, H. (2000) *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Editorial Lumen
- Browning, C. (2002) *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*. Barcelona: Edhasa.
- Hobbes, T. (2009) *Tratado sobre el ciudadano*. Ed. de Joaquín Rodríguez. Costa Rica: Uned.
- Levi, P. (2005) *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph Editores.
- Moreno, J. (1999) "El Debate Goldhagen: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana". *Revista de Historia y Política*, 1; abril 1999
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. (1998), *Los mecanismos del horror (IV)*. Guatemala: Autor.
- Rousseau, J. J. (1923). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Espasa Calpe.
- Solano, L. (2005) *Guatemala, petróleo y minería en las entrañas del poder*. Guatemala: Inforpress Centroamérica.
- Klein, N. (2007) *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del Desastre*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Zimbardo, P. (2007) *Efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Barcelona: Paidós Ibérica.